

# Fogwill

## La introducción



Fogwill

**La introducción**

Alfaguara

## SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

No hay mayor soberbia ni más tolerada que la de la ciencia médica. Encaramada sobre siglos de progreso, no pasa un día sin anunciar el perfeccionamiento de un método de diagnóstico, la invención de un nuevo medicamento o algún avance en la interpretación de los factores que determinan la enfermedad, la salud y el standard medio entre salud y enfermedad en el que estamos condenados a flotar. En esto la medicina científica es absolutamente eficaz y satisface el ideal humano de bienestar, felicidad y longevidad que parece un artículo tácito de la constitución del Estado Moderno. Para cumplir en plenitud estas metas colectivas la ciencia no necesita brindar bienestar ni felicidad a nadie. Le basta permanecer fiel a su programa de acumulación de conocimiento, celebrar su progreso incesante y exhibir sus estadísticas y pruebas de laboratorio. Mientras, los humanos siguen muriendo igual y cada vez son más los que ni siquiera llegan a nacer, pero son casos computables en el repertorio de excepciones que confirman la regla y no incumben a la ciencia ni a las llamadas medicinas alternativas. Entre estas predomina la homeopatía. Nunca se conocerá la efectividad de los agentes naturales que con tanto cuidado y ritual combinan en la trastienda de la farmacia homeopática. Es posible que el médico, el farmacéutico y los laboratorios que destilan esencias y tinturas-madre tengan respecto de la idea de cura la misma incredulidad que predomina en los medios científicos y universitarios. Pero ante ellos se presenta el mundo y su evidencia bajo la forma de un flujo de pacientes deseosos de creer y de someterse al tratamiento y al consumo. Y en eso la medicina alternativa es absolutamente eficaz y abundan pruebas de que satisface plenamente lo que su clientela reclama. De algún modo estos profesionales y empresarios han de saberlo y aciertan al despreocuparse de la enfermedad y sus causas para concen-

trar su trabajo en un objeto rimado que sería lo que el paciente siente.

Distinto es lo que ocurre con la literatura. Las novelas se escriben, algunas se publican, algunos llegan a leerlas y con el tiempo se las olvida. En ellas todo puede estar en juego, salvo la vida humana. Fuera del cuerpo médico no hay imbéciles más soberbios que los escritores. Pero como la literatura de ficción es en sí misma una alternativa a la vida, no hay lugar en el mundo para una novelística alternativa y las constituciones de los Estados, que son ficciones de probada eficacia, omiten en sus artículos cualquier referencia al arte literario y a las múltiples actividades sociales y comerciales ligadas a él.

Subsanar esta falta no es el propósito de esta novela: se trata de una obra del siglo XXI y se limita a narrar lo que hacen, piensan, desean y padecen sus personajes, humanos del tercer milenio con deseos, acciones, sufrimientos y pensamientos que rondan la banalidad, aunque siempre algo provoca que una banalidad narrada termine pareciendo más digna de atención que la que cotidianamente habita el lector.

El lector: lo habíamos olvidado. Es otro efecto de la soberbia literaria. A semejanza del homeópata y de los funcionarios de la medicina científica, el autor siempre apuesta a encontrar una entrega paciente a la ilusión de cura o de algo y una sumisa obediencia a la extorsión de lo inevitable. Y eso, a pesar de que lo primero que se aprende escribiendo es que nada es inevitable, ni siquiera la vigencia del pacto de bienestar, eternidad y felicidad que liga a los personajes de la novela con sus lectores y a éstos con el sistema editorial en sus tres instancias: la compra, la lectura, el olvido. Recordemos lo que venía sucediendo:

## 1

Siempre las cosas parecen a punto de caer. Antes de salir había mirado los titulares de los diarios del día pensando que todo aquello terminaría derrumbándose. Ahora viajaba en la penúltima fila y pensaba en la inercia. Era cerca de las tres de la tarde y el ómnibus estaba semivacío. Desde su lugar pensaba en la inercia mirando las cabezas de todos los pasajeros, sus peinados, las nuca. A unos pocos alcanzaba a verles los hombros y las partes más altas de la espalda. Sería gente de mayor estatura, o que eligió viajar más estirada en sus asientos.

Desde aquí, pensaba, domino prácticamente todas las nuca, incluyendo la de la cabeza del chofer. Era una nuca de pelo ralo que encanecía hacia abajo hasta convertirse en un vello blanco y finísimo a la altura del cuello.

Y pensaba en la inercia y con ella en tantas cabezas que a un mismo tiempo acompañaban o repetían los movimientos del ómnibus. Aceleraciones, sacudidas, arranques y frenadas acompañaban esas nuca simultáneas, paralelas, todas a un tiempo, pero cada cual en su estilo, según su posición, según sus condiciones.

Tal vez influyera su propio peso, o el peso de los cuerpos que inevitablemente llevarían debajo. Y también debía influir el peso de los hábitos: las distintas maneras de viajar, de relajarse y de ceder o de sobreponerse a las fuerzas que actúan sobre uno mismo.

Reconocer un estilo en la manera con que cada cabeza se entrega al movimiento, producto de su peso, de su posición y de sus relaciones de masa y de distancia con el propio cuerpo, era parte de un pensamiento acerca de la inercia, que gradualmente tendía a convertirse en un pensamiento autónomo sobre el estilo. La noción de estilo en este párrafo también se aplica a las leves diferencias con

que repetían o acompañaban los movimientos del ómnibus todas las otras cabezas.

La suya no. Su cabeza permanecía fuera de toda contemplación, libre de cualquier atribución de estilo. Estaba allí como si constatar la armonía y las inarmonías del movimiento mecánico de otras cabezas fuese la única misión que tenía en el mundo y, por ello, el único motivo que lo habría llevado a abordar el ómnibus y a emplazarla allí, consigo, en la penúltima fila de asientos.

Pero había elegido aquel ómnibus para acercarse a la avenida Independencia, donde tomaría un taxi. Era su plan de aquella tarde: ahorrar parte del largo y costoso viaje en taxi hacia Las Termas. Sin embargo, al cabo de sentarse en la penúltima fila, el proyecto de economizar había cedido espacio —todo el espacio de la mente— a una reflexión sobre la inercia, que a su vez pronto se convirtió en una contemplación de nuca tan absorta como si nunca hubiese visto nuca y tratara de encontrar un significado coral a la expresión de esa docena de imágenes ovales desplazándose a la par y conjugando sus diversos estilos.

Él era uno de los tantos que pasaron sus vidas viendo nuca y nunca repararon en ellas hasta el extremo de interpretarlas como regidas por una armonía de conjunto. Esto podría ser una señal. Una señal de algo. Quizás se estuviera convirtiendo en hipnotizador.

Ensayó con una: seis filas adelante detectó una nuca de melena corta, canosa, grasienta, enrulada. Correspondía a una cincuentona con verrugas y arrugas, que tenía un aro morisco colgando del lóbullo de la única oreja que, por su ubicación, se alcanzaba a ver. Se concentró: sabía que no bastaba una mirada firme, clavada en esa nuca. Necesitaba elaborar un pensamiento chato, plano y filoso como una espátula capaz de atravesar la pelambre grasienta y el hueso occipital para curvarse dentro y terminar cubriendo con una bóveda de pensamiento hipnótico toda la mente de la arrugada mujer.

Pero, claro, su pensamiento-espátula no solamente debía ser filoso y firme para sortear la resistencia ósea. También requería que lo

forjara con una aleación tan flexible como para cubrir y envolver la mente, y tan reflectiva como para que sus imágenes se confundiesen con las que espontáneamente estarían produciéndose en la vieja.

Por regla, las viejas en viaje viajan produciendo espontáneamente imágenes mentales que se les manifiestan con distintos grados de invasividad y pueden pasar o permanecer ocupando parte de su atención. Y las viejas, a semejanza de la mayoría de los pasajeros en viaje, jamás saben qué hacer con ellas. Nosotros tampoco: nadie sabe qué hacer con tantas imágenes caóticas. Por eso vale la pena ejercitarse en transmitir las mentalmente cada vez que se produce una conjunción favorable.

El derrumbe suele imaginarse como producto de una conjunción improbable y desfavorable de causas. Pero también podría pensárselo al revés. Están las causas, que siempre son conjunciones más o menos ponderables, y las conjunciones de causas, que es lo que se preferiría imaginar por cuanto en medio de la confusión del conjunto de conjunciones se establece una equivalencia entre saber y acertar, conjeturar y comprender, estar y sentir. Son maneras de desenvolverse en el azar. Era el caso del primer tramo de su viaje a Las Termas de Flores: el azar le presentaba un impecable conjunto de nucas dispuestas para el ejercicio de cierto poder hipnótico al que sólo faltaría dotar de una buena idea a transmitir para invadir provisoriamente la mente de aquella pasajera tan a su alcance...

La idea estaba ahí, bien al alcance de la mano de la mente. Era la inercia, pero en su totalidad. Sin duda la pasajera viajaba al borde de la conciencia de sus movimientos involuntarios que acompañaban y reproducían el ritmo de aceleraciones y bamboleos del ómnibus. Pero más allá de ese borde, lejos, lejísimo de su conciencia, estaba el resto de la inercia. Fuera de cualquier foco de atención estaba la tierra girando en torno a su propio eje y con ella giraban los pasajeros, el ómnibus, la calle, esa ciudad y todas Las Termas y las mesetas del mundo.



Y ese mundo girante, la tierra entera, casi esférica e incluyendo a su propio eje, se desplazaba a la vez hacia el noreste. No hacia su noreste, es decir, no hacia el cuadrante limitado por el norte y el este del planeta, sino hacia lo noreste ideal que se vislumbra en el cielo al proyectar sobre él la línea imaginaria que continuaría la humana dirección noreste: un brazo humano señalando hacia el norte y el este y un poco hacia lo alto.

Incalculable tanta velocidad en vuelo hacia una meta imaginaria, siempre trazando una curva en derredor del sol y nunca dejando de girar sobre su eje terreno. Esa velocidad curva y vertiginosa fundaba otra inercia que sometía a todos por igual y en ese momento su meta era integrar ambas inercias cósmicas en el escueto sistema inercial del ómnibus que los contenía a ella y a él. ¿Cómo llevar todo esto a la conciencia de la pasajera de la quinta fila, a través de sus grasientos rulos y sus densísimos occipitales? Aun descontando el poder hipnótico de la mirada fija de un pasajero de la penúltima fila de asientos, era un ejercicio de riesgo. Equivalía a interpelar a la desgraciada diciéndole:

—Ya sé, boluda, que con esta humedad y por tu edad te pesan mucho las piernas... Pero... ¿Sabés cómo te pesarían y cuánto pesarías vos misma si no existiese esta fuerza ascendente que nos imprime el planeta girando...? ¿O acaso no sentís que a miles de kilómetros debajo nuestro pasa una línea imaginaria que representa el eje de este planeta en torno al cual su rotación, virtualmente, nos convierte en centrífugos reboleados...?

Era como inculcar en un instante las nociones de fuerza, cuerpos, cosmos y totalidad, a las que toda la larga vida de aquella pasajera, episodio por episodio, había transcurrido desalentando. Porque también en las historias de la vida hay un girar, alguna forma de rotación. Y aunque sea metafórica e imperfecta, tal rotación expelle con una colosal fuerza centrífuga cualquier imagen o idea que no gravite alrededor del núcleo donde se compacta lo indispensable.

Por eso el pensamiento elude incorporar el dato de la totalidad, y todo aquello que intente reponerlo escapa disparado como si fuese el resto fósil de un *big bang* de nociones ocurrido mucho antes de que uno naciera.

Y, efectivamente, la pasajera y él, junto a todos los que gravitaban en aquel ómnibus, asistían a los últimos estertores de una explosión primordial, aquella que los privó del todo. El comienzo de un relato no debería privarse de la posibilidad de invocarla, y, por nuestra parte, aprovechar un ocasional poder hipnótico para inocularla a una mujer entrada en años se presentaba, casi, como el deber de un escritor.

Pocos saben para qué sirven los relatos. Pocos humanos, y también pocos entre los humanos escritores. Y los que saben para qué, si se los pudiera convocar y reunir, jamás alcanzarían un acuerdo sobre el raro servicio del narrar que cada uno ha de representarse.

Sería más fácil imponer una representación unívoca del campo de fuerzas mecánicas y electromagnéticas que domina a los cuerpos todos y al propio cuerpo, que obtener un criterio común sobre la finalidad del arte de narrar. No hay recursos hipnóticos ni telepáticos que faciliten esa imposible concertación. Sea sobre los fines a los que apunta, sea acerca de los resultados de su ejercicio, se podrían compilar mil versiones sobre el narrar sin conseguir dos casuales coincidencias de criterio.

Y eso no sólo por las características de un arte que tiende a fundarse en la exacerbación de las diferencias sino también por las características de su objeto: la famosa finalidad, la tan proclamada meta que se persigue, es algo tan inasible que quizás ni exista.

Y, nuevamente, eso no sólo porque la finalidad, o la meta, tenga apenas una existencia virtual y tan conjeturada como la noción de fuerzas gravitacionales que todos usan y nadie acierta a saber qué son, sino porque hasta su misma presencia virtual, fantasmagórica, siempre surge recortándose contra un fondo opaco de ignorancia del que parece alimentarse para brillar.

Sí: bien pensadas, estas nociones parecen nutrirse de la materia del fondo negro, opaco, mudo e intangible sobre el que cada conjetura necesita implantarse para brillar y al que sólo faltaría agregarle los adjetivos “inodoro” e “insípido” para despojarlo de cualquier chance de manifestarse a los sentidos.

Tarde advirtió que había exagerado. Había cargado las diversas nociones a inocular con extremo cuidado, las distribuyó minuciosamente sobre una lámina filosa, flexible y reflectiva, óptima para atravesar cualquier resistencia capilar, dérmica, ósea o mental y creyó haber conseguido que, como una espátula, su mensaje penetrase sin dañar los tejidos, y que, como un espejo, la brillante superficie metálica reprodujera cualquier imagen y cualquier corriente que circulase por esa conciencia desconocida.

Pero había pecado por exceso. Tal vez también por un exceso de cuidado. Eran demasiadas nociones juntas y demasiadas pretensiones sobre su meta. ¿Acaso pretendía provocar en la mujer el mareo agobiante de quien registra su propio girar horizontal y vertical dentro de una infinita rueda que a su vez gira vertiginosamente y lo expelle hacia un exterior imaginario...?

No sé qué pretendió. Jamás sabrá qué otros errores cometió. Justo esa tarde se habían dado las condiciones ideales: por un momento había temido que en la parada de Sarmiento y Victoria Militar — esa esquina que a la hora del cierre de los bancos se llena de público que vuelve hacia sus barrios— subiesen nuevos pasajeros y estropeasen la armonía de conjunto que en apenas diez minutos de viaje habían consolidado. Pero en Victoria Eme el ómnibus ni se detuvo y de no haber sido por un semáforo intermitente sobre avenida Belgrano habría seguido bamboleándose sin detenerse hasta el momento en que, resignado al fracaso, se puso de pie, caminó hacia la puerta de salida y oprimió el botón del timbre alertando al chofer de que se disponía a bajar en la avenida Independencia.

Bajó. Saltó un charquito. Siempre hay charquitos en esa esquina de Independencia. En el de aquella vez quizá se estuviera reflejando algo: un edificio antiguo de fachada grisácea cagada por las palomas del barrio, o un pedazo de cielo azul. El cielo estaba azul: pensó que más azul que nunca. Desde la vereda intentó ver la cara de la mujer de la quinta fila, pero el chofer aceleró y por la pereza de correr, se resignó a perder esa imagen, que, de todos modos, nada habría de revelar.

Nunca sabrá que iría expresando aquella cara. Son infinitas las cosas que nunca sabrá. Pero en aquel momento no le importaba ignorar: sólo le preocupaba elegir un buen taxi para llegar cómodamente relajado a Las Termas de Flores.

Dejó pasar un par de autos de aspecto descuidado y abordó un nuevo modelo de Peugeot que llevaba un anuncio prometiendo servicio con refrigeración.

No era una tarde de calor. Iba a Las Termas y ya anticipaba su placer, su dolor, las rutinas de lunes y jueves de aquel invierno. Jueves, lunes: tardes y anocheceres iguales entre las cuatro y las nueve y media de la noche. Rutina de Las Termas: jamás sintió curiosidad de saber por qué suele hacer estas cosas, contraer hábitos, dilatar el desenlace de las cosas inevitables.

Era como si hubiese más de un tiempo: no menos de dos. Los hábitos y las repeticiones de la vida se producen sólo sobre uno de estos tiempos. O tal vez los produzcan: no se puede saber si el tiempo está allí con sus pequeños orificios de momentos para que alguien vaya enhebrando en ellos los actos de su vida, o si son los actos los que van creando y empujando la larga cinta del tiempo para que exista un punto donde volver real a cada cosa que vaya apareciendo como un ensueño de la costumbre, o de la voluntad.

El otro tiempo sólo se le parece en su desplazamiento inexorable, pero no va avanzando a saltitos hacia el futuro. Es el futuro vertiginoso quien lo trae hacia atrás, hacia la máquina del presente que lo inyecta en la vida. El taxi pertenecía al tiempo de los hábitos. Era como si él mismo estuviera creando a aquel auto, o a su chofer, en

un tiempo blando y obediente a su voluntad. Pero debía haber otro tiempo. Estaba en el futuro, hacia enero, en un invierno europeo circulante y ocioso. Y en la posibilidad de aparecer allí, disolverse y ser otro.

## 2

El del Peugeot se sorprendió. Como lo había visto bajar de un ómnibus se resistía a creer que fuese a Las Termas.

—¿A Las Termas...? ¡Lunes tempranito y a Las Termas...! ¡Usted sí que sabe darse la buena vida...! Pero le aviso que tengo que cobrarle un recargo de dos pesos por la oblea...

¡Cobrar dos pesos por la oblea! Sería su manera de compensar la envidia por la buena vida que le había atribuido. Para él una oblea era una galleta rectangular, de masa quebradiza y rellena con una crema de esencia de vainilla y azúcar impalpable. Algo que jamás comería.

—¿Qué oblea? —preguntó.

—La oblea de los piquetes... Al que no les compra la obleíta lo desvían a una bocacalle y lo retienen cuarenta minutos...

Entendió que "oblea" se refería a algún impreso que usarían los menesterosos para colectar fondos. Semanas antes, yendo en su auto a una reunión en el Concord de la autopista, había tenido que comprar en un piquete dos estampas religiosas: un peso con cincuenta cada una. El equivalente de tres dólares por un tramo de cinco kilómetros y por dos imágenes mal impresas.

Una representaba al clásico San Jorge, montando un caballo negro y blandiendo una espada descomunal que, proyectada a escala real, pesaría el doble de su cuerpo guerrero. La otra era la foto retocada de un cantante de bailanta: pelo enrulado, rasgos de toba o de matabaco, casaca de torero, pantalones de símil piel de víbora, botas altas de cuero amarillo. Sobre la cabeza del muchacho habían dibujado una aureola que parecía un tubo de neón cerrado sobre sí mismo: significaría santidad.

La imagen de San Jorge tenía en el dorso una oración de paz y la licencia eclesiástica rubricada por la Parroquia del Sagrado Corazón

de la localidad de General Álvarez. En el reverso de la foto del moreno había un texto "*arriba Celestino / hermano milagroso / nos miras y nos guías / todos los santos días...*". No había oraciones ni licencia eclesiástica.

Conservaba las dos estampas en su cartera de tarjetas. Hubo un momento en el que pensó agregarlas a la rendición de viáticos a los del Concord, junto a los tickets de peaje y las facturas del restaurant. Pero tres dólares irrisorios, según el ánimo de los de tesorería, podrían llegar a parecer un chiste de mal gusto. Ahora las llevaba consigo. Sintió el impulso de mostrárselas al chofer. Consiguió dominarlo.

El hombre seguía hablando de los piquetes y sus obleas.

—Las van perfeccionando... —decía—. Ahora algunos las hacen chiquitas, con papel de estampillas medio engomado para que la gente las pegue con saliva en los vidrios del auto. Hay azulcitas, rojas y celestes, según el precio... Se están perfeccionando mucho los piquetes... —Hablabla y hablaba, enumeraba—: El viernes estaban todos afuera, en la Street. Sábado y domingo no jodieron. Van dos o tres fines de semana en los que no aparecen así que por ahí empezaron a respetar feriados. El lunes estaban en el cruce de Barrios Nuevos. Hoy, por la radio, ellos mismos anunciaron que van estar en la Bonorino cortándola todo a lo largo. Así que...

—¿Así que qué...?

—Y... Así que no hay manera de llegar a Las Termas sin cruzárselos y pagarles la oblea...

—No es tanta plata, dos pesos... —dijo él desentendiéndose del probable tono de amenaza que había adoptado el chofer.

—Cuando se puede pagar, no es tanto. Pero si uno no tiene la plata y se tiene que quedar en la cola esperando, es mucho...

—Mucho no... —dijo él—. En ese caso es todo.

—Todo... Pero con el tiempo uno se va acostumbrando a todo. ¿Va seguido a Las Termas?

—Sí... O mejor dicho no: dos veces por semana voy...